

anunciado por el Profeta: «Del poder de la muerte los libraré y los redimiré; ¡oh muerte! yo seré tu muerte: ¡oh infierno! yo seré tu mordedura y tu ruina (1).

¿Es este el término? No, Señores. Si la resurreccion de Jesucristo es nuestra esperanza, dice San Agustín, su ascension á los cielos es nuestra glorificacion (2). Jesucristo no resucitó para quedar en la tierra. De lo mas alto de los cielos fué la salida del Verbo, humillándose á tomar nuestra naturaleza; á lo mas encumbrado de ellos es su retorno (3), llevando consigo la humanidad á que se habia unido, para anunciar con ello la gloria á que quiere sublimarnos. La ascension á los cielos, dice San Bernardo, es el término feliz del itinerario del Hijo de Dios (4).

Cuarenta dias permanece en la tierra despues de su resurreccion, para consolar á sus discípulos, para afirmarlos en la fe, y para instruirlos en cuanto se refiere al reino de Dios (5). Reunidos en el monte de las Olivas, al pié del cual estaba el huerto donde tuvo principio su Pasion, les habla por última vez, prometiendo que enviará al Espíritu Santo, y dándoles la orden de enseñar y regenerar por el bautismo á todas las naciones; los bendice con amor tiernísimo, y á vista de todos se levanta en los aires, y una nube resplandeciente como la del Tabor lo roba á sus miradas (6). Legiones de ángeles salen á su encuentro, exclamando: Alzad, ¡oh Príncipes!

(1) Osee XIII, 14.

(2) Resurrectio Domini, spes nostra est: ascensio, glorificatio nostra. (S. August., *Serm. de Ascens.*)

(3) Psalm. XVIII, 7.

(4) Ascensio est felix clausula itinerarii Filii Dei. (S. Bern., *Serm. 2 de Ascens.*)

(5) Act. Ap. I, 3.

(6) Id. id., 9.

vuestras puertas, y levantaos vosotras, ¡oh puertas eternas! y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor fuerte en la batalla, el Señor de los poderíos, él es el Rey de la gloria (1). Y las puertas, cerradas antes por el pecado, se abren al vencedor, y entra en el cielo llevando tras de sí á los cautivos que habia redimido (2), y sube sobre lo mas alto de los cielos, y el Padre le corona de gloria y de honor, dándole el imperio sobre todas sus obras (3), y le dice: Siéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos como escabel de tus plantas (4). Los ángeles le adoran, los justos que llevó consigo sacándolos del cautiverio, se postran ante él, y empieza á resonar en las bóvedas del empíreo el cántico que oyera San Juan, y que no cesará jamás: Digno es el Cordero que fué muerto de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendicion, porque nos has redimido para Dios con tu sangre, de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nacion, y nos has hecho reino para nuestro Dios. Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendicion, y honra, y gloria y poder en los siglos de los siglos (5).

Celebremos, Señores, el triunfo de Jesucristo: gocémonos, dice San Juan Crisóstomo, viendo sublimado á tal grandeza, que no puede ascender mas, al que un dia por nosotros apareció en la tierra tan abatido y despreciado, que no podia descender mas ni ser mas humillado (6);

(1) Psalm. XXIII, 7, 10.

(2) Ephes. IV, 8.

(3) Hebr. II, 7.

(4) Psalm. CIX, 1.

(5) Apoc. V, 9, 12, 13.

(6) Homo qui loco tam humili tenebatur, ut descendere non posset ulterius, ad tam excelsam sedem pervenit, ut altius non posset ascendere. (S. Joann. Chrys., *Serm. 3 de Ascens.*)

pero al tiempo mismo que celebramos su triunfo y su gloria, regocijémonos con la esperanza de que un día seremos participantes de ella, porque la Ascension de Jesucristo es nuestra glorificación, dice San Agustín (1).

El que sube al cielo es el mismo que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (2). El Verbo de Dios, queriendo restaurar todas las cosas, no tomó la naturaleza angélica, sino la humana (3), complaciéndose en llamarse Hijo del hombre. Nuestro es, pues, lo que sube al cielo, dice San León, es nuestra naturaleza (4), puesto que no sube en cuanto Dios, que siempre estuvo en el cielo, sino en cuanto hombre (5). Su elevación, por lo tanto, es la nuestra (6).

El pecado había abatido al hombre criado á imagen y semejanza de Dios, hasta asemejarle á las bestias (7), más aún, hasta sujetarle á la esclavitud del demonio, que se gozaba en la ruina y degradación de nuestra naturaleza. En la ascension, esa naturaleza es levantada sobre todos los ángeles, y se sienta á la diestra del Padre. No podía haber bajado mas en su caída, dice San Juan Crisóstomo; no puede ahora elevarse mas allá de donde la levanta el Verbo que se hizo hombre. Presentando el Hijo de Dios á su Padre las primicias de la humanidad en su persona, de tal manera admira á este el don por la dignidad del que lo ofrece, y por la pureza de lo ofrecido, que tomándolo en sus manos lo coloca junto á sí,

(1) S. August., *Serm. de Ascens.*

(2) Joann. III, 13.

(3) Hebr. II, 16.

(4) Nostrum quod super omnes altitudines cœlorum ad dexteram paternæ majestatis ascendit. (S. Leo, *Serm. 13 de Pass.*)

(5) S. Thom., 3 p., q. 57, art. 1.

(6) Christi Ascensio nostra provectio est. (S. Leo, *Serm. 2. de Ascens.*)

(7) Psalm. XLVIII, 13.

diciendo: sientate á mi diestra; esto es, ponte á mi nivel. ¿A qué naturaleza dice esto? A aquella á quien dijo un día irritado por la culpa: Eres polvo, y en polvo te convertirás (1). Lo dice, pues, no solo al alma espiritual, sino al cuerpo material, á la naturaleza humana compuesta de ambos.

¿No era bastante, continúa el mismo Santo Padre, no era bastante subir al cielo? ¿No bastaba sentarse con los Angeles? ¿No sería ya este un honor inefable? Lo sería sin duda, pero se le concede mas. Sube sobre los Angeles, deja atrás á los Arcángeles, supera á los Querubines, se eleva sobre los Serafines, pasa mas allá de las Potestades, y no se detiene hasta sentarse en el trono del mismo Dios. No veis la distancia que hay del infierno á la tierra, de esta al cielo, y de este á lo mas alto de todos los cielos, y de todos los espíritus angélicos, y de aquí al trono de Dios? Del uno al otro de estos extremos, levanta el Verbo en su persona á la naturaleza humana (2), y la constituye cabeza de los ángeles (3), y la sienta á

(1) Obtulit ergo Patri primitias nostræ naturæ, atque ita donum oblatum admiratus est Pater, tum propter dignitatem offerentis, tum propter muneris puritatem, ut illud manibus acceperit sibi que proximum constituerit, dicens: *sede a dextris meis*. ¿Ad quam autem naturam dixit Deus: *sede a dextris meis*? Ad illam utique quæ audierat: terra es, et in terram reverteris. (S. Joann. Chrys., *Hom. in Ascens.*)

(2) ¿Non enim satis fuit cœlos transcendere? ¿Non satis fuit cum angelis consistere? ¿Nonne hic quoque honor ineffabilis erat? Verum ascendit super angelos, præterivit archangelos, superavit cherubim, ascendit supra seraphim, prætergressus est potestates, nec prius subsistit, quam sedem ipsam Domini apprehendit. ¿Non vides ab inferno ad terram intervalum quantum? ¿Rursus a terra ad cœlum? ¿Rursusque a cœlo ad superius cœlum? ¿Atque ab eo ad angelos, ad archangelos, ad supernas potestates, ad ipsam regalem sedem? Toto hoc intervallo ac altitudine naturam nostram sublimem evexit. (Id. id.)

(3) Colos. II, 10.—Christus non solum est caput hominum, sed angelorum. (S. Thom., 3. p., q. 8, art. 4.)

la diestra de Dios Padre, para que allí, dice San Leon, se asocie en el trono á la gloria de aquel, á cuya naturaleza habia sido unida en el Hijo (1).

Allí nos espera, hermanos, allí nos llama. Como el Verbo, tomando nuestra naturaleza, descendió del cielo para nuestra salud eterna, y como subió á la cruz para redimirnos del pecado que cargó sobre sí, y merecernos la adopción de hijos de Dios y el derecho á la herencia, así tambien sube al cielo para nuestra salud, alcanzando para sí y para nosotros, dice Santo Tomás, el derecho y la dignidad de la mansion celestial (2). Su ascension es causa de nuestra salud, porque nos prepara un lugar y nos muestra el camino (3). Sube, dice San Pablo, y entra en el eterno tabernáculo como precursor nuestro (4). Sube, dice San Juan Crisóstomo, como primicia del género humano (5). Sube, dice San Leon, como cabeza de la humanidad. Donde está la cabeza, allí estará el cuerpo (6). Donde la primicia y donde el precursor, allí los que le siguen. El mismo lo dijo á los Apóstoles: Os conviene que me vaya. Voy á prepararos un lugar, porque yo quiero que esteis donde yo estoy (7). Por ello, añade Santo Tomás, llevó consigo al cielo á los Santos

(1) Illius gloriæ sociaretur in throno, cujus naturæ copulabatur in Filio. (S. Leo, *Serm. 2 de Ascens.*)

(2) Christus ascendens in cælum adeptus est sibi et nobis in perpetuum jus et dignitatem mansionis cælestis. (S. Thom., 3 p., q. 5, art. 6, ad 3.)

(3) Christi ascensio est causa nostræ salutis ex parte sua.... primo quidem viam nobis præparavit ascendendi in cælum secundum quod ipse dixit: vado parare vobis locum. (Id. id. *in Corp.*)

(4) Hebr. VI, 20.

(5) Obtulit Patri primitias naturæ nostræ. (S. Joann. Chrysost., *Hom. de Ascens.*)

(6) Quo processit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis. (S. Leo, *Serm. 2, de Ascens.*)

(7) Joann. XIV, 2, 3.

que sacó del limbo como trofeo de su victoria, significando que á todos se nos abria la puerta del eterno paraíso (1).

En el día de su ascension, dice San Epifanio, cumplió admirablemente el Verbo Encarnado lo que habia dicho hablando de sí mismo en la hermosa parábola del buen pastor, que deja las noventa y nueve ovejas, y corre en busca de la centésima que se le habia perdido, y encontrándola con gran fatiga, la pone sobre sus hombros, y la lleva al redil con el corazón henchido de gozo (2). Dejó á los ángeles en el cielo, bajó á la tierra tomando la naturaleza humana, se sacrificó por ella, y llevándola al cielo en su propia humanidad y en los justos que suben con él, la coloca en el redil eterno, ofreciéndola como homenaje glorioso á su Padre (3).

Ved aquí el término de la restauracion de todas las cosas, segun el designio de Dios. Ved la gloria preparada á los que se hacen conformes á la imagen de Jesucristo (4); á los que viven como hijos de Dios, animados de su espíritu (5); á los que dejando de llevar la imagen

(1) In hujus signum animas Sanctorum quas de inferno eduxit, in cælum traduxit. (S. Thom., *loc. cit.*)

(2) Luc. XV, 4.

(3) Nimirum pastor ille bonus, nonaginta novem ovibus, hoc est, angelis, in montibus cælestibus relictis, errabundam ovem quæsit, inventamque, atque humeris clementer impositam ad cælestem portum adduxit, adductam autem cælesti Patri muneris loco obtulit, dicens: Pater, inveni errabundam ovem.... cum improbæ vitæ luto prorsus obrutam vidissem, divinitatis meæ dextera porrecta, celeriter eam erexi.... in Jordanis flumine ablui, ablutam tandem suaveolenti Sancti Spiritus mei unguento perunxi. Et nunc per resurrectionem præsto sum, munusculum divinitate tua haud indignum oblaturus, ovem videlicet, mente, et ratione præditam. (S. Epiphani., *Orat. de Dom. Assumpt.*)

(4) Rom. VIII, 29.

(5) Id. id., 14.

del Adan terreno, llevan la del celestial (1). Por tanto, hermanos, nos dice San Pablo, teniendo confianza de entrar en el santuario eterno por la sangre de Cristo, que penetró en él como pontífice y precursor nuestro, por un camino nuevo y de vida que nos consagró por su carne, lleguémonos á él con verdadero corazon, con fe cumplida, purificados los corazones de la conciencia mala, y lavados los cuerpos en el agua limpia del bautismo; y conservemos firme la profesion de nuestra esperanza, porque fiel es el que hizo la promesa (2). El mismo Jesus nos ha dicho: Voy á prepararos un lugar: Yo preparo un reino para los que permanecéis fieles á mí en la tentacion (3), y vendré á vosotros, y os recibiré junto á mí mismo para que esteis donde yo estoy (4).

No vivamos, pues, para la tierra, porque no tenemos aqui ciudad permanente, y buscamos la que ha de venir (4). Nuestra morada está en los cielos, de donde esperamos á nuestro Salvador Jesucristo, que reformará nuestro cuerpo abatido en el sepulcro para hacerle conforme á su cuerpo glorioso (5), y participante de su elevacion. Subiremos al cielo, hermanos, subirá á él nuestro cuerpo abatido en el sepulcro para hacerle conforme á su cuerpo, y seremos semejantes á Dios, porque le veremos así como él es (6).

¡Qué gloria! ¡Qué grandeza! No hay mas allá. La gracia nos deifica haciéndonos participantes de la divina naturaleza, para obrar conforme á ella (7). Esa gracia

(1) I Cor. XV, 49.

(2) Hebr. X, 19, 23.

(3) Joann. XIV, 2, 3.

(4) Hebr. XIII, 14.

(5) Philip. III, 21.

(6) I Joann. III, 2.

(7) II Petr. I, 4.

es semilla de la gloria que nos hará participantes, no solo de la naturaleza, sino de la gloria de Dios. Seremos semejantes á él, seremos como Dioses. Confúndete, serpiente infernal. Con esta palabra preparaste nuestra ruina; pero esa palabra se cumplirá, y quedarás burlada y avergonzada para siempre. Seremos como dioses. Donde abundó el delito, sobreabunda la gracia (1). Estábamos muertos por el pecado, y Dios Padre nos ha dado la vida en Cristo, y nos resucitó con él, y con él nos hizo sentar en el cielo para mostrar las abundantes riquezas de su gracia por su bondad sobre nosotros en Jesucristo (2). En él la plenitud de la gracia, para que recibamos todos (3); en él la plenitud de la gloria, para que participemos todos.

Para que sea así, Señores, Jesucristo envia desde el cielo al Espíritu Santo sobre la Iglesia, poniendo el sello á su grande obra de restauracion.

SEGUNDA PARTE.

Subiendo Cristo á lo alto, dice San Pablo, llevó cautiva á la cautividad; es decir, llevó consigo como trofeo de su victoria á los que habian estado detenidos en cautividad, y dió sus dones á los hombres (4). Estos dones se compendian todos en el que es don de Dios por excelencia, y fuente inagotable de todo bien, en el don del Espíritu

(1) Rom. V, 20.

(2) Ephes. II, 5, 7.

(3) Joann. XIV, 16.

(4) Ephes. IV, 8.